

**SARAMAGO Y LA IMAGINACIÓN LITERARIA:  
ENSANCHAR LOS MÁRGENES DE LA REALIDAD.**

Sebastián Gámez Millán

Tengo para mí que una de las principales aportaciones de José Saramago (Azinhaga, 16 de noviembre de 1922-Tías, 18 de junio de 2010) a la literatura contemporánea consiste en el empleo de alegorías y parábolas, en el uso de lo que a falta de otras palabras podríamos denominar la imaginación novelesca. Junto con otros grandes escritores (Borges, Albert Camus, Günter Grass, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Juan Goytisolo, Milan Kundera...), recoge la estela de Franz Kafka, y recupera la imaginación literaria de los albores de la modernidad (Cervantes, Rabelais, Sterne, Diderot...), frente a la novela decimonónica –gran novela: Stendhal, Balzac, Dickens, Dostoievski, Flaubert, Tolstoi, Galdós, Clarín, Zola, Pardo Bazán... pero en no pocas ocasiones muy apegada a los hechos (positivismo)–, para anticipar lo que puede estar porvenir, criticar y proponer alternativas.

Así, en *La balsa de piedra* convierte la península ibérica en una barca que se adentra a la deriva en el Atlántico separándose de Europa después de haberse desgajado justamente por los Pirineos, sugiriendo de forma fantástica cuál podría –y acaso debería– ser el destino de dicha península. En *Las intermitencias de la muerte* ensaya y despliega la posibilidad de qué sería de la vida humana sin la muerte, bajo la sospecha de que “la iglesia necesita la muerte para vivir. Sin muerte no podría haber Iglesia porque no habría resurrección. Las religiones cristianas se alimentan de la muerte. La piedra angular sobre la que se asienta el edificio administrativo, teológico, ideológico y represor de la Iglesia se desmoronaría si la muerte dejara de existir. Por eso los obispos en la novela convocan una campaña de oración para que vuelva la muerte. Parece cruel, pero sin la muerte y la resurrección, la religión no podría seguir diciendo que nos portemos bien para vivir la vida eterna en el más allá. Si la vida eterna estuviera acá...”<sup>1</sup>.

Y este mismo procedimiento que va de lo real a lo imaginario y, en un camino de vuelta, de lo imaginario a lo real, lo emplea en otras novelas suyas, como *La caverna* –con indudables reminiscencias platónicas desde la cita inicial–, *Ensayo sobre la ceguera* o la que probablemente sea su obra más memorable, *El año de la muerte de Ricardo Reis*. Se trata de parábolas cuyas raíces están arraigadas en la realidad y cuyas ramas se proyectan sobre esta.

Según Umberto Eco, “en su crítico social y moral no afronta jamás los problemas de frente sino que los rodea poéticamente bajo las formas de lo fantástico y lo alegórico, de modo que su lector debe poner algo de su parte

<sup>1</sup> Entrevista a José Saramago, *El País*, 12 de noviembre de 2005, p. 38.

para entender adónde quiere ir a parar”<sup>2</sup>. Se diría que es una estrategia más sutil de cuestionar el mundo en que vivimos, pues sin duda sus alegorías y parábolas contienen implicaciones históricas, religiosas, morales, culturales y políticas. Curiosamente, esta función de la literatura que estoy resaltando en Saramago no aparece entre las mencionadas por Eco<sup>3</sup>.

A esta capacidad de alargar, o mejor, ampliar el mundo, no son ajenas las artes en general: todas ellas, desde su particular puerta a lo real, contribuyen a ampliarlo. De esta forma, “se crean mundos que no son de este mundo”, pero que se insertan en él ampliándolo, enriqueciéndolo, vivificándolo. Y, permitiéndonos, en consecuencia, habitarlos. ¿Pero cómo es posible erigir un mundo siempre por venir más humano? ¿Qué concepción antropológica del ser humano late en estas obras para que el hombre no sea lo que es, pudiendo ser –sin caer en un progresismo ramplón– cada vez más humano? ¿No está lo humano dado de una vez por todas por la naturaleza? No obstante, permítansenos unas observaciones: en la *Poética* de Aristóteles, como ha indicado José Jiménez, es “donde nuestra tradición de cultura registra la capacidad de la literatura para *alargar el mundo*”, situándola “en el terreno de la *posibilidad*”<sup>4</sup>.

Esta función de la literatura la convierte en un valiosísimo laboratorio de experiencias, cuando no imprescindible. Lo que todavía no existe puede llegar a ser gracias a ella; lo que fue y, por lo tanto, a lo que no podemos retornar, retornamos gracias a ella. Lo que mañana sucederá, cosa que nos resulta imprevisible, lo podemos anticipar en cierto modo gracias a ese poder fantástico de la literatura.

Podríamos recurrir a múltiples ejemplos, desde Julio Verne a Robert Louis Stevenson, desde Lewis Carroll a H. G. Wells, desde Franz Kafka a Jorge Luis Borges, desde Aldous Huxley a George Orwell, desde Günter Grass a José Saramago<sup>5</sup> para ilustrar cómo se experimenta en este fabuloso laboratorio. Es una forma habitual del escritor a la hora de abordar problemáticas que nos conciernen: ya que eso que llamamos realidad, comparado con la imaginación, tan sólo nos permite unas estrechas y severas reglas de juego, se acude al espacio casi ilimitado de la literatura con el fin de ensayar y desplegar en él lo que en la realidad sería poco menos que imposible.

Evidentemente, para ello se ha de mantener una concepción antropológica opuesta al ser humano como animal dado de una vez por todas, como quizá, con variaciones, sucede en otras especies animales. Una

<sup>2</sup> Umberto Eco, “Un bloguero llamado Saramago”, *El País*, 6/10/2009, p. 27.

<sup>3</sup> Umberto Eco, “Sobre algunas funciones de la literatura”, reunido en *Sobre literatura*, trad. Helena Lozano Miralles, Barcelona, RqueR, 2002, pp. 9-23.

<sup>4</sup> José Jiménez, *Imágenes del hombre. Fundamentos de estética*, Madrid, Tecnos, 1986, p. 259.

<sup>5</sup> Eso que conocemos por filosofía tampoco es ajena por completo a este procedimiento, inextricablemente unido a la dimensión utópica del ser humano y la historia: desde la *República* de Platón hasta *La nueva Atlántida*, de F. Bacon, pasando por *Utopía*, de T. Moro y *La ciudad del Sol*, de T. Campanella, por sólo mencionar unas pocas, si bien la acuñación del término “utopía” es muy posterior a la *República* de Platón: primero es la acción y luego la palabra.

concepción antropológica del ser humano como un animal dotado de una enorme plasticidad, capaz no sólo de adaptarse a multitud de contextos vitales, sino, además, en términos morales, capaz de perfeccionarse. En otras palabras, el hombre es un “ser fronterizo” (Platón), un animal que camina entre lo que está ahí y lo utópico, entre lo que es y lo que debe ser, entre lo fáctico y lo normativo<sup>6</sup>.

Precisamente en ese interminable tránsito entre lo que está ahí y lo utópico, entre lo que es y lo que debe ser, entre lo fáctico y lo normativo estriba la moralidad humana. En palabras de Félix Duque “la moralidad vive del hiato entre el *fáctico* ser del hombre concreto y el *deber* que éste tiene de pugnar por adecuarse asintóticamente a la *humanitas*. Si por imposible se diera alguna vez esta extrema coincidencia entre *este* hombre y *el* hombre, no sólo desaparecería la moralidad, sino el hombre mismo (cuya paradójica integridad consiste en esa escisión) y, con él, (al menos para nosotros, los hombres) la realidad toda”<sup>7</sup>.

Por otra parte, en la estela anunciada por Nietzsche, Unamuno y Pessoa, Saramago fusiona la prosa del habla con destellos poéticos para enriquecer su escritura. En algunas de sus obras, como *El año de la muerte de Ricardo Reis*, *El evangelio según Jesucristo*, *Todos los nombres* o *Las intermitencias de la muerte*, en un gesto de vanguardia, decide omitir signos ortográficos como puntos, guiones... Este gesto dota de mayor autonomía al lector, que se ve obligado a completar cómo es o debería ser sin la ayuda del escritor.

Sin embargo, a mi juicio puede aumentar innecesariamente la dificultad de la lectura, y si el lector no sabe dónde, cómo y por qué establecer las debidas pausas, cambios de voz, etc., posiblemente lo pierda. Entiendo que un autor deba dejar puertas abiertas para que el lector interprete libremente, pero eso no pasa por omitir signos de puntuación, sino antes bien por determinarlos correctamente para que comprenda de manera adecuada lo que se le propone.

En una conferencia sobre el acto de leer llamaba la atención Saramago sobre ese momento mágico en que el lector se detiene, levanta la vista del libro y se queda pensando lo que ha leído. Es cuando se entrecruza la lectura con la vida. Probablemente la lectura esté ahí iluminando la vivencia, descifrándola. Al final de *Viaje a Portugal* anotó: “No es verdad. El viaje no acaba nunca. Sólo los viajeros. E incluso éstos pueden prolongarse en memoria, en recuerdo, en relatos. Cuando el viajero se sentó en la arena de la playa dijo: ‘No hay nada más que ver’, sabía que no era así. El fin de un viaje es sólo el inicio de otro. Hay que ver lo que no se ha visto (...) Hay que comenzar de nuevo el viaje. Siempre. El viajero vuelve al camino”. Lo que vale para la vida vale para la literatura: no se entiende bien la primera sin la segunda.

<sup>6</sup> “Esta sublime ausencia de límites de lo humano –escribió Fernando Savater– es el punto de arranque y también el lugar de encuentro de la ética y la estética”, en F. Savater, *La tarea del héroe. Elementos para una ética trágica*, Barcelona, Destino, 1992, p. 121.

<sup>7</sup> Félix Duque, *Contra el humanismo*, Madrid, Abada, 2003, pp. 91-92. Es por esto por lo que todo gran pensador, –a excepción, quizá, de ciertos momentos de Sartre–, desde Aristóteles a Heidegger, pasando por Kant y Nietzsche, ha ido contra la humanidad, precisamente para ensancharla a la altura de los tiempos.

